

El hombre de la silla azul*

Alvaro Reyes Parada
TEUC - Taller de Escritores
Universidad Central

5:18 a.m. Portal Usme - Sur

El bus articulado abre las puertas. Julio atropella y entra con los primeros pasajeros. Ignora el aviso de: “ATENCIÓN, silla exclusiva para personas con discapacidad, adultos mayores, niños y mujeres embarazadas o con niños de brazos”. Se sienta. Las puertas se cierran. Coloca el maletín en el piso en medio de los pies, apoya la cabeza en la ventana, la mirada al frente, perdida en un punto fijo. Recuerda un año antes al contratista de la obra, cuando le dice que a partir de ahora tendrá una compañera como ayudante. La noticia no le agrada, disimula, pero cuando la ve, cambia, se alegra. La muchacha le sonrío. Me llamo Azucena. Es una voz tierna. El contratista imparte algunas órdenes a los demás obreros y con disimulo le pica el ojo a Azucena. Ella se muestra coqueta.

5:26 a.m. Estación Molinos

Una señora adulta, de gruesos anteojos, se sienta al lado de Julio. Observa su patilla izquierda manchada de sangre. Desconfía. Él no aparta la mirada del punto.

4:45 a.m. Sendero. Barrio El Porvenir

Julio desciende la pendiente arenosa, antigua ladrillera, en dirección al Portal Usme. Es su primer día en la nueva obra. El contratista le ha recomendado llevar todas sus herramientas. Revisa su maletín: ¡Jueputa, el puntero! Otra vez al inquilinato.

5:30 a.m. Estación calle 40 - Sur

Sube una joven con un niño de brazos. ¡Por favor, una silla azul!, dice un señor de voz gruesa, como dirigiéndose a Julio, pero éste no se inmuta. ¡Un puesto para la señora!, otro en voz alta apoya. El obrero sigue distraído. Una colegiala se levanta y cede su lugar. Miradas van, miradas vienen, miradas señalan al hombre

*Mención Especial en el Primer concurso de cuento “Cuento en Movimiento” organizado por TransMilenio, el Instituto Distrital de Cultura y Turismo y la Alcaldía Mayor de Bogotá dentro de la campaña de lectura “Libro al Viento”.

de la silla azul. El crimen en el apartamento de la pensión, 33 minutos antes, lo tiene perturbado. Reacciona con un movimiento brusco. ¡Perdóneme!, suplica casi para sí. La señora de gafas se asusta y lo mira de reojo. El joven se inclina, abre el maletín, saca el puntero untado de sangre. Humedece su índice y lo lleva a la punta de la lengua. Dos lágrimas escurren lentas, muy lentas, por sus mejillas. Acomoda de nuevo el maletín y vuelve a recargar la cabeza en la ventana, la mirada perdida. La mujer blanquea los ojos. Julio vuelve al recuerdo de su compañera: comparte el almuerzo con ella, luego la acompaña a tomar transporte. Vive al occidente. Yo también, dice él. Mentiras, vive al sur. En la buseta hablan de la vida, del trabajo y de la soledad. La muchacha le cuenta que en su pueblito las piedras hierven a toda hora, y que hace muy poco llegó a la ciudad. Vive en un cuarto estrecho. La dueña de la casa es muy exigente y no permite visitas de hombres, otro día será, es la excusa para no invitarlo a entrar. Julio se despide de mano, no se atreve a más. Ella lo jala y lo besa, abre la verja y entra. Él la sigue con la mirada, acaricia sus labios, sonrío. Sus ojos cafés brillan: es la felicidad. Se cierra la puerta de la casa de Azucena y se abren las del TransMilenio.

5:36 a.m. Estación Restrepo

Julio ha inclinado más la cabeza sobre la ventana. Sus dedos en los labios. Sube una pareja de ancianos. ¡Puesto, por favor!, retumba una voz. A Julio ni siquiera lo roza, no se da por enterado. La voz repite fuerte: ¡Puesto azul! El obrero sigue englobado. Dos mujeres ceden sus sillas rojas a los ancianos. Una ambulancia con sirena estridente cruza abriéndose paso entre los buses de TransMilenio. En el carril lento, dos volquetas, *doble troque*, aguardan el cambio de semáforo. Nubes de humo se cuelan por las ventanas entreabiertas del bus articulado; algunos tosen. A Julio no lo afecta, sigue ahí, sumergido en el recuerdo: es sábado por la tarde, Julio invita a Azucena a comer fritanga, a montar en TransMilenio y a conocer el Portal de Usme. Allí caminan de la mano por la plataforma, hacen un descanso, contemplan la punta del arco iris enclavada en medio de dos montañas. Más abajo, otro cerro adornado con casas tristes de colores y en escalas: uno, dos y tres pisos. ¡Qué lindo barrio! Cómo se llamará, Azucena quiere saber. El Porvenir, Julio contesta muy seguro. ¡Qué bello nombre!, parece un pesebre, dice ella con voz inocente. A él le tiembla el pulso, el corazón se le agita. Cómo decirle que en realidad ése es su barrio y que él vive en un diminuto cuarto de paredes descoloridas. Sería bacanísimo vivir allá, bien en lo alto, pa'ver cerquita las estrellas y el arco iris, dice ella señalando con la mano. Las palabras de Azucena lo emocionan. Justo ahora, el dueño del inquilinato arrienda un

apartamento pequeño, con derecho a metro y medio de terraza. Todo ello hace que piense en proponerle una relación seria.

4:50 a.m. Barrio El Porvenir

Julio asciende por las escaleras de cemento. El enojo enrojece su rostro. ¡Ahhh, yo sí soy mucho güevón, olvidárseme el puntero! Un perro del vecindario, echado, lo mira de reajo, le mueve la cola y sigue durmiendo. El viento sopla. Dos mujeres bajan; lo saludan con señas de mano.

5:43 a.m. Estación Avenida Jiménez – Norte

Algunos pasajeros salen empujando y los que están afuera quieren entrar primero. Julio sigue recordando: es el día de su boda con Azucena. Ella de blanco, él con el vestido prestado por su hermano, la capilla sin adornos, el cura dándoles la bendición, un beso: ¿la felicidad? Se suben a un Renault 4 modelo 74. Latas vacías de cerveza amarradas al bómper raspan el asfalto. Julio ahí, en el TransMilenio, en su silla azul, besa su argolla y sonríe; sonríe triste. La señora de gafas se impresiona más con las manchas de sangre en los nudillos de las manos del joven; vuelve a blanquear los ojos y reacciona. Se levanta, va a la cabina del conductor; mientras habla, observa el equipo de comunicación. Ahora su silla la ocupa un hombre obeso de edad, que enseguida se duerme. Dos meses después de casado, Julio es comisionado para hacer un trabajo fuera de la ciudad. A regañadientes, acepta. Es su jefe y contratista, y gracias a él le va bien. Azucena no lo puede acompañar. Tiene que terminarme un enchape, le aclara. Julio siente celos y sospecha que son amantes. No dice nada; necesita comprobar. Al tercer día regresa de improviso. Llega a su casa a la madrugada. Con sigilo, abre la puerta. La cama está tendida y fría. Azucena aparece al despuntar el día con el cabello húmedo, oliendo a residencia barata. Se justifica con rabietas.

5:47 a.m. Estación calle 19

Por el carril derecho, un auto veloz intenta esquivar a los demás. Una radiopatrulla lo persigue. Se abren los comentarios e historias de calle: unos cuentan, otros escuchan. Julio ni habla ni escucha. El obeso ronca. El contratista le llama la atención por haber dejado la obra tirada. Debe regresar. Esta vez lo acompañará Azucena. Los días son calientes y las noches con mosquitos. Ella se niega a hacer el amor. Excusas: está acalorada, cansada, con la regla. Hace ocho días le dijo lo mismo. Julio explota: Apuesto que al contratista sí. Azucena se siente ofendida, le da una cachetada, se voltea y finge dormir. A la mañana siguiente, él le pide perdón. Perdón una vez más. Ella lo amenaza con abandonarlo si continúa desconfiando.

4:55 a.m. Barrio El Porvenir

Julio llega a la casa de inquilinato, introduce la llave en la cerradura.

5:50 a.m. Estación calle 26

El obeso ronca alto; a la gente le parece gracioso. Suben más pasajeros. El bus está a reventar. Hasta las tetas, dice alguien con disgusto. No le cabe un alma más, agrega una monja. Una señora se queja: ¡Me robaron, me robaron! Empieza a desesperarse. Son quinientos mil pesos, lo de la clínica de su pequeña hija. Lloro. El conductor informa por el equipo de comunicación. La gente grita que no dejen bajar al ladrón, pero nadie sabe quién es o no se atreve a denunciarlo. Todos son sospechosos, hasta Julio, que está en otro mundo.

5:57 a.m. Estación calle 72

Julio sigue perdido en sus recuerdos: es domingo por la noche. Llega con un gato negro, sucio y hambriento, que encontró por la pendiente arenosa. Azucena lo bautiza con el nombre de Pipo, lo adoptan de común acuerdo, le dan de comer, lo bañan. El gato ronronea, está contento, conforme, agradecido. ¡Qué verraquera, flaquita, nos prendió el motorcito!, Julio dice emocionado. Al cabo de dos semanas Pipo corre, salta, aleja los ratones, juega con los demás inquilinos. Ya son varias noches que Azucena tarda en llegar con la repetida disculpa de que debe trabajar horas extras. Por un roto de la cortina, Julio la observa bajarse del Renault 4 modelo 74 y despedirse de beso en la mejilla del contratista. El gato está en la ventana, es testigo; también cuando él le sirve la comida que luego ella rechaza. Sólo me quiero duchar. Azucena se desnuda y envuelta en una toalla, atraviesa el corredor. Un inquilino la mira con morbo. Uyyy, ricura, masculla entre dientes. El dueño de la casa echa vainas porque el recibo del agua llega por las nubes. Julio reniega, la escucha cantar y murmura: ¡Qué putas la tendrá tan contenta!, ¿el jefe? Se muestra triste, preocupado, celoso. El gato le ronronea y lo mira como diciéndole: Viejo, cuenta conmigo. El TransMilenio se detiene. La señora de anteojos se baja, pero antes mira de reajo al hombre de la silla azul.

4:56 a.m. Barrio El Porvenir. Inquilinato

Julio abre la puerta, entra, deja su trajinado maletín en el piso y sigue hacia la terraza. Encuentra un galón de pintura roja boca abajo y las huellas de Pipo por la escalera. Se sulfura. Escucha los gemidos de pasión de una pareja. ¿Otra vez? ¡Desgraciada!, maldice con coraje. Coge el puntero y lo mete en el bolsillo trasero de su pantalón. La mujer grita. El rostro de Julio enrojece de ira. Cierra los ojos: ¡Azucena!, dice tratando de contenerse. Luego gira la cabeza en dirección a los gemidos y estalla: ¡Reputa! Toma la varilla

de destapar cañerías y la estrella contra la alberca. Sigue las huellas de su gato. Sus ojos se llenan de sangre a medida que se acerca al cuarto. La expresión de su rostro se nota aún más descompuesta. Escucha cerca, muy cerca, los gemidos de la mujer.

6:00 a.m. Estación calle 76

Un peatón se atraviesa, pero gracias a la pericia del conductor, el bus no lo atropella. Vuelven los comentarios. En el inquilinato, Azucena se cansa del gato y el gato de ella. Pipo ya no le ronronea como antes, tampoco se le acerca, y ella no lo mira. Pueden pasar días y Azucena no le tira un pedazo de pan. Su gato ya me tiene mamada de tanto maullar, le reclama a Julio, sin importarle que viene cansado, agotado, sudado. Y ese cucho también me tiene jarta de tanta maricada con el agua. Ni que se fuera a acabar. Un día de estos me largo y lo dejo a usted con su puto gato. El TransMilenio reduce la velocidad hasta detenerse. Julio reacciona, toma el maletín. El hombre obeso despierta y se hace a un lado para dejarlo salir.

6:03 a.m. Estación Héroes

Las puertas del bus y de la Estación se abren. Julio empuja y sale. Mientras atraviesa la Estación, continúa con sus recuerdos de dos días antes, llora como un niño. Azucena empaca su maleta dispuesta a marcharse. Estoy jarta de esta pobreza. Cuando me casé con usted, pensé que era un tipo con aspiraciones. ¡Qué va! Me equivoqué. Si yo me vine a Bogotá fue pa'superarme, no pa'estancarme. Y menos mal que sí he progresado, ¿o no? Ya no soy ayudante, ahora soy oficial en enchape. En cambio usted..., usted qué, sigue siendo un simple obrero. Sólo vive por un gato, un gato muerto de hambre. Afuera la espera el Renault 4, modelo 74. Flaquita, no se me vaya, no me abandone, yo cambio. Mire que sin sumercé, Pipo y yo nos vamos a morir. Se humilla de rodillas. El gato a su lado ronronea, lo mira como diciéndole: No sea pendejo, viejo, déjela ir. Sus recuerdos son interrumpidos por dos agentes de policía. Julio deberá explicar muchas cosas.

4:57 a.m. Barrio El Porvenir. Inquilinato

La puerta del cuarto está entreabierta. Ve a Pipo echado sobre la cama. La colcha manchada de pintura roja. ¡Más, más papi, másss! Es en el cuarto del matrimonio del lado. El marido hace tres días viajó. Pobre güevón ése, no se ha pescado cómo se revuelca la puta de su mujer. Piensa en Azucena, la imagina en la cama con el contratista haciendo el amor. Los gritos de pasión de la vecina le recuerdan los de su mujer. Se estruja la cabeza con las manos. El gato maúlla. Julio se acerca lleno de ira, saca el puntero de su bolsillo y golpea con fuerza. Una: ¡Maldita! Dos: ¡Maldita! Cinco: ¡Maldita! Diez: ¡Maldita! ¡Maldita sea mi vida! Explota en llanto...

Luego, ahogado en sollozos, reclina la cara sobre su gato empapado en sangre.

5:16 a.m. Portal Usme - Sur

Julio pasa la tarjeta por el censor del torniquete. Ingresar. Una funcionaria lo llama: ¡Señor, señor, olvidó su tarjeta! No presta atención. Baja rápido por las escaleras de espiral, atraviesa el túnel, sube por la rampa y se dirige por la plataforma hacia el indicador AUTONORTE 50. Al fondo la pantalla electrónica indica la salida del bus E50: Destino Portal Norte. Hora 05:18. El bus TransMilenio se acerca.

¡Perdóneme, Pipo, perdóneme!

(2004) 